



Erase una vez una ciudad... y es ahora y será

(Evocaciones con motivo de la fundación de nuestra ciudad de San Cristóbal de La Habana)

Los cuentos infantiles de hadas, duendes y geniecillos del bien y del mal suelen empezar con el susodicho "érase una vez" que coloca la narración en una coordenada intemporal y sin precisiones geográficas. Pero las historias, todas, podrían comenzar con idéntico giro lingüístico. Hoy, nuestra evocación no es ficción para niños (que disfrutan los adultos), sino historia, nostalgia fecunda de hechos reales, acaecidos en puntos bien establecidos de la irregular esfera terrestre y preñados de futuridad.

Erase una vez un grupo de hombres hispanos, aventureros en su mayoría y en busca de mejor fortuna que la que habían dejado en España (los Duques de Alba o los de Medina Sidonia no vinieron a establecerse en esta Isla utópica). Llegaron a una zona inhóspita, pantanosa, pútrida y poblada por insectos, reptiles y amables aborígenes. No se quedaron mucho tiempo allí, en la desembocadura del umbroso Mayabeque, sino que se lanzaron rumbo norte, a otra desembocadura ignota, la del río Almendares, pero el nuevo sitio tampoco les resultó agradable o propio para sus proyectos y marcharon hacia el Este. Los detuvo un puerto de entorno también fangoso e insalubre, pero era un puerto y junto a él sentaron sus reales.

Bohíos de tabla y guano, colocados sin orden ni concierto, fueron suplantados por casas de mejor catadura, hasta que llegaron a la piedra noble, al ladrillo y al trazado de calles y de canalizaciones industriales; a las fortificaciones

sólidas y muelles y templos y hasta -¡por fin!- a la muralla reveladora de los propósitos de estabilización; cintura protectora pronto sobrepasada por los nuevos barrios o confederación de aldeas entretejidas como sutiles tejidos de arácnidos en torno al huevo germinal amurallado.

Y mientras tanto, ¿qué había sido de aquella estirpe de colonizadores? Les fueron llegando las mujeres y no faltaron las familias completas ni los intercambios corporales venusinos con la población aborigen (que decrecía rápidamente) y con los negros africanos y los chinos y los europeos de otras procedencias. Y a la vuelta de tres siglos, la aldea grande era ya una ciudad respetable, tanto por el número de habitantes como por la vitalidad urbana y el estilo de vida que paulatinamente se iba conformando con rasgos de tipicidad. Como setas se multiplicaron las imprentas, teatros, instituciones educacionales de nivel más que aceptable, receptoras de las nuevas ideas que bullían por doquier, etc. Corroída por la esclavitud creciente y por otras pestes, no le faltaron, sin embargo, los ciudadanos dignos y cultos provenientes de todos los estamentos sociales, quienes supieron fomentar los refinamientos espirituales y materiales más exquisitos, ungidos de eticidad.

¿Y el puerto, provocador del asentamiento definitivo? Pues fue congregante de flotas, astillero y caldero de ebullición comercial, generador de corrientes de indole diversa (como suele suceder en todo puerto que lo sea de veras y el de San Cristóbal de la

Habana lo fue muy pronto)... y nudo gordiano de los tráficos de la noche, en los que nuestra urbe ni fue ni es excepcional; ha sido siempre un cosmopolita puerto de mar, no un claustro de piadosas monjas de clausura. (Las cosas son lo que son).

La ciudad fue manzana apetecida por piratas y por corsarios y por sus patrones ingleses, pero tanto la amaba ya en el siglo XVIII la corona reinante en la Madre Patria que no dudó en rescatarla a precio de intercambio por la península de la Florida. Luego, ella -la ciudad- y la Isla que capitaliza, padecieron la mirada golosa de nuestros vecinos del norte, siempre tan cercanos y, simultáneamente, distantes; siempre amigos y siempre enemigos, antes y ahora.

Y le llegó el momento de cortar su cordón umbilical con la Madre que la parió. Y lo supo hacer, sin dañar el cordón afectivo, que es también camino de la sangre y vínculo inquebrantable. Más tarde fue hollada nuestra tierra por plantas ajenas que siempre encontraron colaboradores genuflexos. Sin embargo, con flujos y reflujos, mareas altas y bajas, vientos de fronda y airecillos apacibles, siempre se impuso, al fin y a la postre, "el espíritu"

habanero más genuino. Hubo alguien o un grupo de personas con lucero candente en la entraña que lograron mantener la antorcha encendida, cuando parecía que todo se apagaba, que la luz se extinguía. Y lograron pasar la antorcha encendida, iluminadora, a las generaciones venideras.

Y aunque la ciudad ha sufrido etapas de desmoronamiento físico y moral, de fealdad evidente en la superficie, de suciedad, siempre ha permanecido bella en la nuez medular y nutricia; y esta belleza interior logra imponerse. Los que tienen la pupila penetrante nunca han perdido el arrobamiento ante esa hermosura y ante la pulcritud que la costra pretende ocultar. Y lo logra solamente con los distraídos, los enajenados y los miopes incapaces de ver más allá de la extremidad de su propia nariz. Misterio, enigma, fluido mágico que arroja a la ciudad y, en cierta medida, a toda la Isla en la que la ciudad está sembrada; ciudad acogedora de los pobladores de la Isla, de cualquiera de sus regiones, lo que la ha convertido en mixtura nacional paradigmática.

San Cristóbal, el generoso patrono, anacrónica y privilegiadamente celebrado fuera de su fecha en el calendario de la Iglesia Universal, nos congrega y nos protege y nos carga sobre sus

hombros de gigantón forzado, para que seamos capaces de superarnos a nosotros mismos, de empinarnos y llegar a las mejores orillas de la corriente fluida de la vida ciudadana.

Erase una vez... y es ahora... y será. Y yo me inscribo, sin disimulos hipócritas, sin ocultarme tras una hoja de parra, en ese grupo de los enamorados fanáticos de esta Villa, de hijos de esta Ciudad, de la que me parece que no podría prescindir. Conozco unas cuantas ciudades consideradas entre las más bellas del mundo. Y lo son. Pero, ¿qué quieren Uds.? Amo a ésta y pocas realidades me costarían más que el distanciarme algún día de ella, de sus gentes policromas y polisémicas, de sus piedras, del mar que ella abraza, del aire que la acaricia, del sol que me encandila, de su embrujo, paradójico e inefable, dicho con una sola frase, *me fundo con su alma*. Y aquí estoy y espero estar hasta el final de mis días terrenales, sembrado como la ceiba del Templete; siempre esperando el henchimiento de la mejor hermosura ética y estética. Y sé que mi esperanza no es la quimera de un amor enloquecido; mi esperanza tiene raíz honda y tronco sólido y ramaje verde, bien nutrido. □

La Habana, 6 de Noviembre de 1995

